mento y apoyo á la esperanza en Dios; la esperanza cristiana, que deja entrever las halagüeñas perspectivas de mil espirituales delicias, y vivifica y fortalece el alma con auxilios sobrehumanos; la caridad, producto y complemento á la vez de esa santa confianza, que une el corazón del hombre con el corazón de Jesucristo, é inflama el espíritu en el místico fuego de los amores divinos: virtudes todas que irradian sobre esa dulce virgen la gloria de la inmortalidad, y en cuya práctica puede realizar el hombre los secretos de una felicidad que dure tanto como la eternidad de los siglos: *Spes illorum immortalitate plena est.*

¡Guerreros piadosos de mi amada patria, que hoy asistís á estos solemnes cultos! Si la fe, la esperanza y la caridad conducen á las sociedades hacia la civilización verdadera, que consiste en la marcha paralela del progreso intelectual y el progreso moral de los pueblos, esas virtudes son asimismo las que forman las almas verdaderamente heróicas en vuestra gloriosa carrera.

El Cristianismo amó singularmente al guerrero desde que contó tantos hijos ilustres en las legiones de la poderosa Roma; y cuando alcanzó el triunfo decisivo sobre la religión pagana, derribó los signos gentílicos qne coronaban el asta de las banderas, colocando en su lugar la cruz; y en vez de perfumarlas con sangre, las bendijo con el agua sagrada, purísimo rocío del cielo. Con esta ceremonia tan solemne como conmovedora, la Iglesia

decía al guerrero, que «del Señor es el dar ó el quitar la victoria» (1), y le enriquecía con la fe; enseñábale á confiar en «Aquél que no necesita de lanza ni de espada para otorgar el triunfo» (2), y le fortalecía con la esperanza; le mandaba tender una mano generosa á los vencidos, y completaba su gloria con la auréola de la caridad cristiana. Así, de aquellos terribles conquistadores del Norte, pudieron salir Clodoveo, Recaredo y Carlo-Magno: así brillaron en nuestra patria Alfonso *el Católico*, Alfonso VII, Fernando III, Guzmán *el Bueno*, Fernando V é Isabel I: así escribimos en los anales de la reconquista tantas fechas insignes, desde Covadonga hasta Granada: los *Lutus* de Asturias contra Yussuf, Clavijo contra Muza, Gormaz y Osma contra Abderramán III y Almudahaffar, Caltañazor contra Almanzor *el Invencible*, durante el califato de Córdoba; Valencia contra Aben-Aixa, Alcoraz contra Almostaín, Toledo y Cuenca contra Alí Ben Iussuf, Zaragoza y Cutanda contra Temin, en la dominación de los Almoravides; las Navas, las inmortales Navas de Tolosa contra Mohammed, Cáceres y Mérida contra Aben-Hud, y Sevilla contra Abu Abdallah, en la irrupción de los Almohades; Tarifa, el Salado y Algeciras contra Abul Assan y Abul Hagiaz, en la época de los Beni-Merines: así nuestros padres

(1) II. Paralipom. XXV, 8.
(2) Reg. XVII, 47.

humillaron en Bailén, Zaragoza y Gerona el orgullo desmedido de Napoleón I: así nuestros soldados han adquirido en el reinado de la segunda Isabel tan inmarcesibles laureles contra las hordas feroces del Atlas: así, en fin, nuestros marinos acaban de renovar en el Pacífico aquellas inauditas hazañas que aniquilaron el poder de Atahualpa; ofreciendo todos respectivamente al Catolicismo y á las naciones de la Europa un nuevo testimonio de nuestras creencias, y de que no degeneraron los hijos de Pelayo y del Cid.

¡Oh vosotros, ilustres oficiales de la Artillería española! ¡qué parte tan envidiable cupo al arma á que pertenecéis, en los últimos acontecimientos de esos siglos memorables! Formados ya con toda la influencia que debía daros un famoso descubrimiento, elevasteis vuestras miradas al cielo, y elegisteis por vuestra Patrona á esa graciosa virgen, porque Bárbara era la abogada contra el trueno, al que imitaban los estampidos de vuestras lombardas; era la protectora contra el rayo que solía incendiar vuestros parques; era la intercesora de los que morían sin sacramentos en el campo de batalla. Y Bárbara correspondió á esos llamamientos del corazón. Ella os cubrió constantemente de glorias, y vosotros cantasteis sin cesar sus alabanzas. Hablen, sinó, por mí, desde Gutiérrez de Vega hasta Daoiz y Velarde, los nombres de Francisco de Alava, de Juan de Acuña, de Manrique de Lara, de Luis Velasco y de Sánchez de Noya; díganlo asimismo las páginas inolvidables de Alora y Setenil, de Castel de Ovo y Buda, de Alcañiz y Talavera, de Samsa y de Vad-Ras.

¡Bizarros jefes y oficiales que habéis heredado tan preclaros blasones! Levantad radiantes vuestras miradas; alzad serenas vuestras frentes, porque esas glorias no han sufrido mancilla. Yo sé apreciar la intensidad de vuestros recientes pesares; yo comprendo vuestra pena profunda; yo en este instante cuento los latidos de vuestro corazón por las palpitaciones aceleradas del mío, y os digo que vuestro renombre está puro, y que todos vuestros compatriotas ensalzan vuestra lealtad é hidalguía. Yo, Sacerdote católico, no debo traer á este sitio sinó palabras de paz y de perdón, y únicamente deploraré los funestos extravíos de las pasiones políticas, pasiones extrañas que tan hondamente perturban la inteligencia y agitan los sentimientos del hombre: pero además de que vosotros no pudisteis prever el vértigo que, há poco (1), arrastró á algunos de vuestros subordinados, la sangre de vuestros compañeros tan infortunados como pundonorosos, casi diré su heroísmo y su martirio, y al mismo tiempo vuestra abnegación y vuestro denuedo, os han merecido el interés y la admiración de la posteridad. ¡Oh! Si puede serviros de consuelo para sobrellevar la pérdida irre-

(1) Refiérese el autor á los tristísimos sucesos del 22 de Junio de aquel año.

parable de vuestros hermanos de armas, tanto más dolorosa cuanto que son proverbiales la unión y la fraternidad que recíprocamente os ligan, sabed que los hemos llorado en todas partes; en las plazas, en los templos y en el hogar doméstico; y permitidme añadir que yo, que les guardaba en mi corazón afecto y gratitud, y conmigo otros muchos ministros del Santuario, hemos rogado á Dios en el Augusto Sacrificio por el eterno descanso de sus almas.

Y vosotros, ¡oh soldados! á quienes yo amo de todo corazón: sabed, para no olvidarlo, que un gran publicista español de nuestros días (1) os ha muy oportunamente comparado con el Sacerdote cristiano, porque como él, ni vivís para vosotros, ni para vuestras familias, sinó para ejercer la noble misión de velar y combatir por la seguridad é independencia de legítimas instituciones. Practicad incesantemente la virtud, y observad vuestra severa pero sabia disciplina, que de este modo seréis la honra de vuestro país, la gloria de vuestras familias, el legítimo orgullo de vuestros jefes, y el más firme baluarte de vuestra patria; siendo después, cuando volváis á vuestros hogares, modelos de fieles ciudadanos, de buenos esposos y de honrados padres. En suma: amad constantemente vuestra Religión, que es la verdad; defended el trono de vuestros Reyes, que es la gloria; conser-

(1) Donoso Cortés, tom. III, pág. 323.

vad el verdadero patriotismo, que es el honor: que comprendiendo todo el valor de estos tres venerandos objetos, la España será siempre, desde el Pirineo hasta las orillas que lamen las olas de dos mares, aquella nación preclarísima que asombró tantas veces á las generaciones por su grandeza y su heroísmo.

Señora, el Cielo no permite que el orador cristiano, tan flaco y miserable como los demás hombres, manifieste desde este lugar sagrado sus flaquezas y sus miserias, y yo no puedo querer adular á V. M. Si la ciencia social ha reconocido las ventajas del gobierno monárquico para regir los pueblos, el trono de vuestros mayores, afianzado poderosamente por el amor, por las tradiciones y por la gloria de vuestro reinado en la legislación, en las letras, en las artes, en las armas y en la política, ha de contar muchos siglos de venturosa existencia. Pero si el genio revolucionario, que despierta inquietudes sobre la tranquilidad de los monarcas, intentara llegar hasta vuestro solio, nosotros formaríamos en vuestro derredor un muro impenetrable para salvaros á vos y á vuestro hijo, esa tierna prenda de nuestra futura dicha; y entre vuestros defensores, Señora, los jefes, los oficiales, los individuos todos de la Artillería española procurarían ser los más cercanos á V. M., los más valerosos y leales.

¡Y tú, Bárbara, sér privilegiado y bendito, virgen querida de tu Dios! ¿No es verdad que desde

el Cielo donde moras, tú velas por estos guerreros escogidos que te han aclamado por Abogada y por Patrona? ¿No es verdad que estos cultos suben hasta el trono de Dios como la oración de la tarde, y que tú los presentas para hacer descender sobre nosotros las misericordias del Señor? ¡Mujer amada del Cantar de los Cantares! Tú, que has vivido en las hendiduras de la peña y en los huecos de las ruinas solitarias; tú, la de voz dulcísima y la de rostro hermoso (1), ven; nosotros vamos también buscando el nido en donde se formó nuestra alma, como el ave que anhela volver á la primera cuna de sus amores. Enséñanos, pues, todos los secretos de tu felicidad; que nosotros colocaremos sobre tu sien purísima mil coronas de amor, colmándote de alabanzas, hasta el suspirado día en que cantemos juntos los himnos de los bienaventurados en las moradas eternas, que á todos os deseo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

---

(1) Cant. Cantic. II, 14.

SERMON

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BADAJOZ

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1870,

EN LOS SOLEMNES CULTOS
CELEBRADOS POR UNA ASOCIACIÓN DE PERSONAS PIADOSAS PARA
ENSALZAR LAS GLORIAS DEL PONTIFICADO,
PROTESTAR CONTRA LA USURPACIÓN Y EL DESPOJO DE QUE ERA VÍCTIMA
LA SANTA SEDE,
Y MANIFESTAR ADHESIÓN PROFUNDÍSIMA Y TIERNÍSIMO CARIÑO
Á LA PERSONA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO IX.